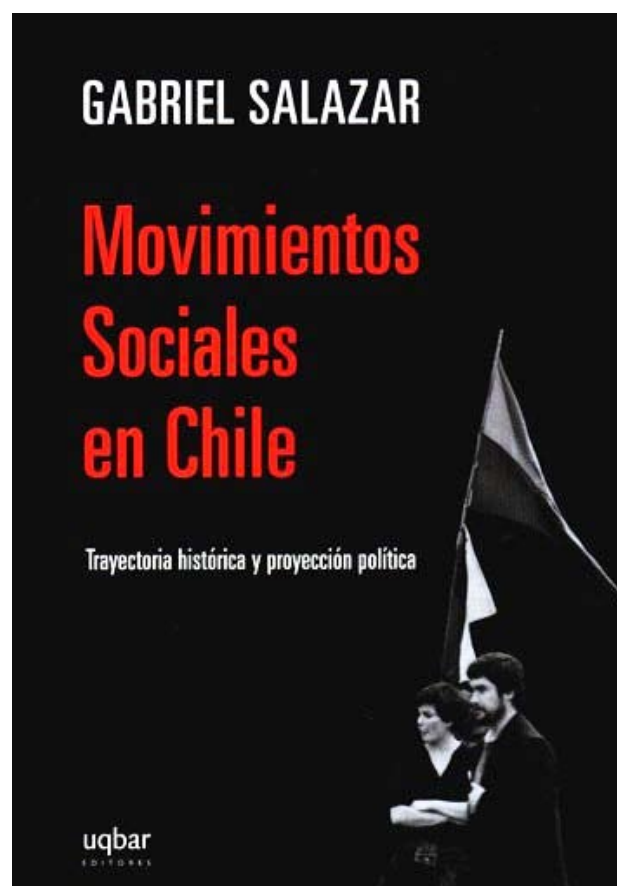


Gabriel Salazar

Los movimientos sociales en Chile. Trayectoria histórica y proyección política

2012. Santiago de Chile: Uqbar Editores, 470 pp.



La publicación de este libro del historiador chileno Gabriel Salazar debe entenderse como una secuela de la efervescencia sociopolítica que ha vivido Chile desde el año 2011. El retorno de las movilizaciones estudiantiles que han dado lugar, verdaderamente, al movimiento social más importante desde el fin de la dictadura. Después de masivas jornadas de protesta popular, que se sucedieron entre 1983 y 1986, y de un proceso de autoorganización muy vigoroso, la sociedad chilena había acusado el descenso notable de la protesta y de la movilización social hasta el punto de que hubo quien decretó la desaparición de los movimientos sociales durante la posdictadura. El trabajo que nos ocupa debe entenderse también como la culminación de la obra de uno de los máximos exponentes de la historia social que se practica en Chile y en América Latina. Salazar ha venido examinando desde hace décadas los procesos de constitución de subjetividad socio-política de los sectores populares o del "bajo pueblo". Quizá, por eso, el autor está en condiciones de ofrecer una caracterización de la historicidad de los movimientos sociales y una explicación del estallido social al que hemos hecho referencia.

Se trata de una obra entre la historia social y la sociología histórica, profunda y muy abarcadora, como ponen de manifiesto las casi quinientas páginas que ocupa; comprende un periodo amplio de la historia de Chile, desde la Independencia y, en algunos casos, como en el capítulo dedicado al movimiento mapuche, se remonta

incluso a la conquista de América. Sin embargo, consideramos que su mayor aporte radica en la explicitación de las tesis teóricas y epistemológicas acerca de la constitución de los movimientos sociales populares, implicadas en esta corriente historiográfica, toda vez que la historia –también la social– se ha mostrado poco propensa a involucrarse en reflexiones sobre conceptos y categorías. En ese sentido, resulta especialmente relevante la lectura crítica de la producción académica sobre movimientos sociales elaborada, fundamentalmente, en Europa y Estados Unidos de América, y el cuestionamiento acerca de “si los movimientos sociales reales de este continente requieren de *ese tipo* de teoría” (p. 406). En un capítulo específico, destinado a la teoría general de los movimientos sociales, Salazar discute, en primer lugar, la preconizada objetividad de la ciencia y la neutralidad valórica del científico, abogando más bien por la inter-subjetividad. Desde esa perspectiva, no es menor el lugar desde donde se abordan los problemas. Por eso la historia social se concibe como una historia “desde abajo y desde dentro”, rompiendo con el concepto más estrecho y rígido de ciencia social y con la distinción entre sujeto (cognoscente) y objeto (conocible) sobre la que aquél se funda.

La repercusión inmediata de lo dicho es que el autor les otorga razón a los actores sociales. Quiero decir, que los concibe como sujetos racionales, capaces de actuar conforme a principios y a fines que estructuran una lógica interna, y no como a meras “masas”, carentes de racionalidad y, en todo caso, moldeables “desde fuera”. Los prolegómenos de las teorías sobre movimientos sociales fueron construidos sobre el supuesto del carácter emocional, instintivo, espontáneo e irreflexivo de las acciones de protesta y/o de rebelión. Ello contribuyó a despertar un temor fundado en la impredecibilidad e incompreensión hacia ese tipo de expresiones populares.

El autor expone cómo la teoría de los movimientos sociales, en Chile, habría estado influenciada por el enfoque epistemológico estructuralista y neofordista que se rige por principios casuísticos, aplicando nociones abstractas pre-concebidas a casos concretos. Así, se habría procedido en distintos momentos de la historia a “juzgar” a los que protestan, exigen, se rebelan o se enfrentan, y a determinar “desde afuera” el peso específico que la razón tiene en su actuar, confiriéndoles el rótulo de “movimiento social” o negándoles tal título.

Esto último ha implicado frecuentemente desacreditar y desautorizar las protestas populares desde el punto de vista de su potencial democratizador. Frente a ello, la apuesta de la historia social es relativizar y ampliar lo que se ha entendido en la cultura occidental por “racionalidad”, incorporando con igual validez epistemológica otras miradas subalternas e invisibilizadas acerca de lo que se considera lógico, sensato o razonado, y contemplando, por lo tanto, no una, sino varias racionalidades.

Otra de las rupturas epistemológicas radicales que propone la lectura *salazariana* sobre los movimientos sociales consiste en concebirlos no como grupos, colectivos o entidades, sino como procesos. Frente al predominio de lo estructural en la teoría de los movimientos sociales, el autor reivindica el *carácter relacional* y *procesual* de los

misimos. De este modo, el estudio de los movimientos sociales se desplaza desde el plano económico al cultural: el predominio de los determinantes estructurales en la explicación del surgimiento y desarrollo de aquellos cede paso a los factores culturales e identitarios. Y es, precisamente, la cultura interna de una comunidad el sustento de la *potencia histórica* del movimiento social y del *empoderamiento* de esa colectividad. Porque, a juicio del autor, una colectividad con una amplia y rica cultura interna tiene *poder* y tenderá a proyectarlo.

El movimiento social *salazariano* es, entonces, aquel que desarrolla la capacidad propia de *autogestión colectiva*, que no delega las funciones de gestión y la toma de decisiones en un cuerpo diferenciado ("clase política"), que ha logrado "liberarse del yugo partidista y comenzar a hacer política por sí mism[o]" (p. 38), que desarrolla su conciencia ciudadana, que se involucra, que discute, que organiza, que construye su vida colectiva. De esa forma, el poder local comunitario se asimila al poder constituyente, es decir, el que corresponde única y exclusivamente a la soberanía popular (al pueblo) para organizarse –dictando y reformando su Constitución– para decidir qué orden social y político desea darse, y las garantías para mantenerlo. Ese poder constituyente empieza en el nivel local, en las formas que adopta la convivencia en esas "asociaciones comunitarias" que ya se rigen según *otros* principios. Desde esta perspectiva, el movimiento social no es sólo el germen de otro mundo, sino la *concreción misma de ese otro mundo* en pequeña escala.

Las rupturas epistémicas y teóricas que se derivan de esta lectura de los movimientos sociales, alientan a discutir tanto el papel de la historia y de la ciencia social en la construcción teórica de los movimientos sociales, como el carácter y la historicidad de los sujetos populares, invisibilizados por otras corrientes académicas y marginados en términos económicos, políticos y culturales. En la obra sobresale también la centralidad otorgada a la *escisión entre lo social y lo político*, disyuntiva esencial en la comprensión de la constitución de los actores sociales populares y de las tensiones evidentes con el sistema político, con los partidos políticos, y hasta con los sindicatos y organizaciones de la clase obrera tradicional. Se trata, sin lugar a dudas, de un intento por valorizar lo *social* frente a la "política" (que, aquí, es lo político separado de lo social, por lo tanto, *fetichizado*), porque "la política sacrificaba en vano 'lo' social, que era la matriz vital de la verdadera soberanía" (p.307). La relectura de la transformación social lleva al autor a entender los procesos revolucionarios como "miles y aun millones de actitudes y acciones microscópicas, fragmentarias y proteicas" (p.383).

Frente a una dimensión que ha sido descuidada en el examen de la acción colectiva, que ha tendido a privilegiar los momentos de erupción o de mayor visibilidad de los movimientos sociales, Salazar argumenta en el sentido de que la capacidad creativa desplegada en la *intimidación* del movimiento sería la que exhibiría la potencialidad del mismo, para forjar una identidad propia fuerte, instaurar prácticas autónomas y autogestionar los recursos disponibles. La *fuerza* del movimiento social estaría dada

entonces por la vigorosidad de ese “mundo interior” que, llegado el momento, puede exteriorizarse y expresarse en la vida pública.

El impacto de la extraversión del movimiento social estaría determinado por la fortaleza y la vitalidad de la cara interna del movimiento, pero aun cuando éste no llegue a manifestarse y proyectarse en la vida pública, esto no redundaría en una disminución de su consideración en tanto movimiento social, pues su visibilidad pública es un dato secundario. Por eso, Salazar se refiere a los movimientos sociales con la metáfora del *volcán*; el movimiento social trae aparejado un anuncio de erupción, pero siempre es lava candente y densa, trabajando incansablemente bajo la superficie. En otras ocasiones se refiere al “monstruo social subterráneo”, bajo tierra, que como el “viejo topo” trabaja tenazmente, horada, abre túneles, conecta galerías y, un buen día, sale a la superficie (p.183).

En definitiva, esta obra proporciona una noción de los movimientos sociales como entidades-procesos complejos, diversos, contradictorios, con actores sociales del mismo tipo, y por lo tanto abiertos y cambiantes. Controvierte algunas de las principales tesis sobre los movimientos sociales y discute con la producción teórica no sólo nacional sino internacional. Resulta extremadamente sugerente para repensar los principales problemas de la transformación socio-política tanto en Chile como en España y, en otras partes, donde tras un periodo de letargo de la organización y la participación social, hemos asistido a crecientes procesos de politización y de articulación social y política.

Mónica Iglesias Vázquez - monicaiglesias@hotmail.com

(Universidad Nacional Autónoma de México)